

SABER MÁS NO ES MEJOR

En 1942, un joven católico de veintiocho años miembro de la resistencia polaca llamado Jan Karski se embarcó en una misión para viajar desde la Polonia ocupada por los nazis hasta Londres, y desde ahí hasta Norteamérica, para informar a los líderes mundiales acerca de lo que los alemanes estaban perpetrando. Como anticipación para su viaje, se reunió con algunos grupos de la resistencia a fin de acumular información y testimonios que trasladar a Occidente. En sus memorias, Karski recuerda un encuentro con el líder de la Alianza Socialista Judía:

El líder del Bund se me acercó en silencio. Tal fue la violencia con la que me agarró del brazo que me hizo daño. Miré sobrecogido sus ojos fijos, enloquecidos, y me conmovió el profundo e insoportable dolor que había en ellos.

«Diles a los líderes judíos que aquí no sirven de nada ni estrategias ni políticas. Diles que la Tierra ha de ser sacudida hasta sus cimientos, que es preciso despertar al mundo. Quizá

entonces abran los ojos, comprendan, perciban. Diles que deben encontrar la fuerza y el coraje para hacer sacrificios que ningún estadista ha tenido jamás que realizar, sacrificios tan dolorosos como el destino de mi pueblo agonizante, e igual de excepcionales. Esto es lo que no comprenden. Los fines y los métodos de Alemania no tienen precedentes en la historia. Es urgente que las democracias reaccionen de un modo que tampoco tiene precedentes, que elijan por respuesta métodos de los que jamás se ha oído hablar...

»Me preguntas cómo sugiero que actúen los líderes judíos. Diles que acudan a los organismos y oficinas más importantes tanto norteamericanos como ingleses. Diles que no se marchen hasta que obtengan garantías de que se han tomado medidas para salvar a los judíos. Que no acepten

comidas o bebidas, que mueran lentamente mientras el mundo observa. Que mueran. Eso sacudirá la conciencia del mundo.»

Tras sobrevivir a un viaje tan peligroso como cabe imaginar, Karski llegó a Washington D. C. en junio de 1943. Allí se reunió con el juez de la Corte Suprema, Felix Frankfurter, uno de los jueces más destacados de la historia de Norteamérica, y él mismo judío. Tras escuchar el testimonio de Karski sobre la limpieza del gueto de Varsovia y los exterminios en los campos de concentración, tras hacerle una serie de preguntas cada vez más específicas («¿Qué altura tienen los muros que separan el gueto del resto de la ciudad?»), Frankfurter caminó en silencio de un lado a otro de la habitación, luego tomó asiento y dijo: «Señor Karski, cuando un hombre como yo se dirige a un hombre como usted ha de ser totalmente sincero. Así que debo decirle que soy incapaz de creer lo que me cuenta». El colega de Karski suplicó a Frankfurter que aceptase el testimonio de Karski, a lo que Frankfurter respondió: «No he dicho que este joven esté mintiendo. Digo que soy incapaz de creerle. La manera en que mi mente y mi corazón están forjados es lo que me impide aceptarlo».

Frankfurter no cuestionaba la veracidad del relato de Karski. No discutió que los alemanes estuvieran asesinando sistemáticamente a los judíos en Europa: a sus propios parientes. Tampoco respondió que, por más persuadido y horrorizado que estuviera, no había nada que pudiese hacer. Lo que en realidad reconoció no fue sólo su incapacidad para *creer* la verdad, sino su constatación de esa incapacidad. La conciencia de Frankfurter no se vio sacudida.

Nuestras mentes y nuestros corazones están adecuadamente forjados para desempeñar ciertas tareas y pésimamente diseñados para otras. Se nos dan bien cosas tales como calcular el itinerario de un huracán, pero no tan bien cosas tales como decidir escapar de su camino. Puesto que hemos evolucionado a lo largo de cientos de millones de años, en enclaves que guardan poco parecido con el mundo moderno, a menudo nos vemos gobernados por deseos, miedos e indolencias que ni responden ni se corresponden con realidades modernas. Nos vemos arrastrados de manera desproporcionada a necesidades

locales e inmediatas: queremos grasas y azúcares (pésimos para la gente que vive en un mundo donde éstos están disponibles constantemente); somos hipervigilantes con nuestros hijos en los columpios (pese a la existencia de riesgos más numerosos y mucho mayores para su salud que desoímos, como saturarlos de grasas y azúcares), mientras nos mostramos indolentes hacia lo que es letal pero se encuentra *allí*.